

PRESAGIOS

Por Manuel MEJIA VALERA

Dibujos de Héctor XAVIER

"...yo me acuerdo de indios viejos que estando a vista del Cuzco miraban contra la ciudad y alzaban un alarido grande salido de tristeza, contemplando el tiempo y acordándose del pasado.

El Señorío de los Incas (c. x).

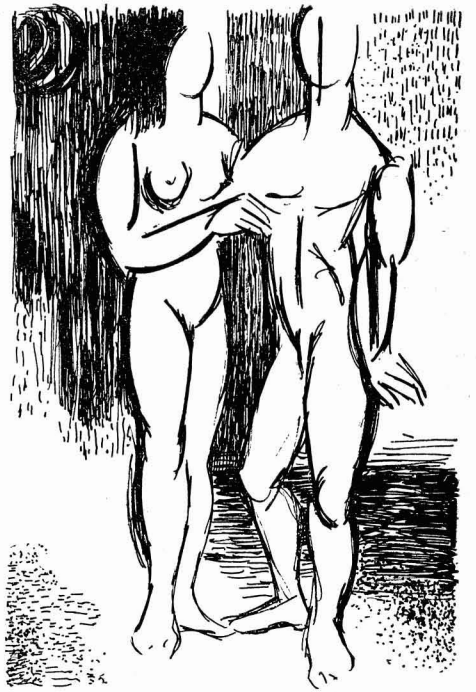
EN LA TARDE, dirigió el ataque osado: el aire recibió un ruido estremecido... Al fin vino el silencio. Las tropas han acampado. El guerrero se aleja y un murmullo lo acompaña hasta las últimas tiendas: se pierde en lo oscuro. Oye el sonido familiar y preciso de las hojas; la luna asoma entre las nubes: aquí y allá, semi devorados por los buitres, yacen cadáveres. El camina, camina hasta la fiesta del Sol: su mirada vuela por el templo de plata, juega con los encajes de piedras preciosas y se remansa en la joven: hay noche en su cabellera hasta la cintura y son vivos sus ademanes, aunque empañe sus ojos un desmayado fulgor; lenta, entrega el vaso sagrado. Elegida para el baile ritual, danza entre quenás y tambores. Otras doncellas van apareciendo con trajes suntuosos. Inician un baile frenético; pero después, desde lejos y al ritmo de la música, sosegadas, parece que parten en busca de sus sueños...

Entre cánticos e imploraciones los sacerdotes se empeñan en el ceremonial de los sacrificios, mientras el ánimo de las gentes está suspenso esperando con temor las noticias del combate. Todos oyen las canciones de los *villacs*, las oyen prosternados y despiertan con el peso de su frente herida. En el altar, el disco del Sol. La doncella lo contempla en tanto que sus labios, con temblor casi gozoso, repiten una oración. A su costado presente sombras indecisas... Se ve a sí misma en la fiesta del Sol: de rodillas y la cabeza entre las manos, termina la

danza. Trémulo, el joven la solicita con grandes voces: los labios tenues, la nariz enérgica, la mirada dura; luce manto negro y en su cabeza brilla la borla imperial. El Inca dice que una hazaña puede concederla... ¡El caudillo dará cima afortunada a la empresa! ¡A los enemigos los reducirá a ceniza para luego dispersarla en el viento!... De pronto el guerrero aparece en el disco y mira a la doncella con regocijado silencio. "Oh, señor grande y poderoso, la luna, los montes y los árboles, las piedras, los pumas y tus padres te guarden de infortunio y te hagan próspero y bienaventurado entre todos cuantos nacieron." Timidos pasos anuncian a otros penitentes.

La maleza va espesándose y enturbia el sendero. El caudillo ve una laguna enrojecida por los enemigos degollados: allí todos los crepúsculos del mundo... En la despedida no se saciaban de verse y acariciarse; apenas hubo horas para el sueño. Antes del amanecer, ella le tomó fuertemente las manos: "Tú fuiste mi salud. Señoreaste mi corazón y lo ceñiste de alegría. Tu ausencia será como la sequedad del estío." En la cóncava oscuridad del templo, la joven cuenta las horas crecidas de espera... Ralámpagos ensombrecen los ojos del guerrero. Refulge la promesa de volver: "Alza sobre ella, oh sol, la luz de tu rostro." A lo lejos, en la campiña cruzada por el destello de un río, la misma soledad se consume.

...En el disco persiste la imagen resplandeciente y acuosa. Ella imagina el regreso: sobre la fatiga de las tropas victoriosas caerá, con leve frescura de lluvia, la mirada y el alborozo de las gentes. El caudillo será coronado de diademas de pluma. Verán otra vez las orquídeas, los lirios, los cactus, las tunas vestidas con un deleitoso color; y volverán a la explanada para el baile, interrumpida apenas por el verde sendero que oscuramente termina en el follaje. Allí, los amantes de oro deshacen la no-



che con un gesto... De súbito, el guerrero desaparece y sonidos lejanos y confusos propagan una compartida inquietud.

...El joven tropieza con un cadáver y se alza un rumor de vuelos. Un miedo de apariciones, miedo profundo y frío como la oquedad del mar, inunda su espíritu. ¡Alejar de sí estos pensamientos! Su padre también partió con muestras de mucho amor y gran pompa; antes de su muerte los *chasquis* informaron al Cuzco de la epidemia que devastaba el Imperio... Algo se mueve allá lejos: mensajeros de otras edades quieren incendiar la noche... Ve a las multitudes tumultuosas, echadas a la ruina. ¡El largo peregrinaje hasta el oráculo de Pachacamac! Y entre gran estruendo: ¡el mensaje! ¡él no moriría de peste, moriría en manos de hombres de lejanas tierras!... De improviso, se crispa el horizonte, crujen los árboles, las montañas, el paisaje. Dondequiera hay susurros, medias voces que fraguan desbordes, invasiones que arroja el tiempo. Dondequiera, sigilosos, van y vienen rostros afligidos, miradas atónitas, ayes sin término que lo persiguen escondidos en algún repliegue de la noche... Ante la ansiedad de la doncella, brota un desaforado fulgor: destellos, altas llamaradas, antorchas, súbito movimiento de olas; manojos de relámpagos hierven a borbotones. Vuelve el guerrero y su voz quiebra el agua en mil pedazos: "Un futuro de niebla se avecina. Epoca vendrá en que sólo el recuerdo quede de nosotros." La doncella cierra los ojos y oye el rumor del vacío. La noche descendió hasta sus brazos.

...Nadie ve en el disco a hombres extraños saltar sobre cóndores gigantes y arrancarles las alas que caen como un reguero de luz. En tierra, otros untan con sangre los oráculos y las estatuas de los dioses. Un resplandor grisáceo pasa por sus caras torvas y barbadas: sonríen con un gesto feroz.

Sacerdotes y peregrinos oyen ruidos tenaces. Tiempo encendido y quedo, tiempo de bienestar con la soledad y la muerte.

